

## Despedida para un Duende

EDUARDO VILLACIS M.

*Conocí a Enrique Garcés cuando fue a entrevistar a mi padre para su libro "Los Maestros de Cerca". la última vez que lo ví estaba en la Sala de Cuidados Intensivos del Hospital, muy fatigado, como alguien que ha caminado a prisa para no perder el último tren hacia la noche.*

*De estos años, recuerdo siempre su amplio gesto de amistad, su ademán de dar siempre la mano para estrechar la de todos, aún la fría garra de la muerte.*

*Existen hombres que nacieron para ser temidos, otros para ser admirados, los más para ser olvidados, unos pocos entre los que estaba, está, Enrique, para ser queridos.*

*Entre los médicos "prácticos", Enrique Garcés fue considerado como "literato", por no haberse consagrado al estrecho —aunque luminoso— ámbito del hospital. Pero Garcés fue un visionario, médico conjugado en futuro y no podía avenirse a la tarea de "accesorista" de la medicina, parcelero del riñón, el corazón o el hígado. El fue un Adelantado de la Medicina: el hombre sano desde antes de nacer gracias a la Medicina Preventiva; el hombre sano sí, pero también alegre, y sobre todo, libre, porque Enrique Garcés aprobó todas las materias para especialista de la libertad.*

Fuí su alumno en la Cátedra de Higiene y Salubridad de la Facultad de Medicina, donde siempre brilló por su imaginación creadora, su *palabra explosiva*, su ancho *palpitar* en favor de las clases pobres del país abocadas a vivir en condiciones tales que podríamos decir que en Ecuador no existen *clases sociales* sino *clases higiénicas*.

Recuerdo que, con motivo de las pruebas de fin de año, nos encargó *monografías* sobre los derechos de los pueblos en el terreno de la salud, no olvidaré el estímulo que me brindó al señalarme como tema el derecho de los habitantes de una ciudad a disfrutar de un girón de cielo, esa "*pequeña propiedad arada de nubes*" ahora amenazada por el imperialismo de los rascacielos.

Así era Enrique Garcés, hombre de mirada en alto y los pies dolidamente puestos en la tierra, en su tierra, puesto que en su obra literaria, en sus escritos médicos, en sus clases y conferencias se respiraba hombre y paisaje ecuatorianos.

Pero, personalmente, admiré a Garcés, sobre todo, por su bondad para con los desvalidos y su emocionante altanería frente a los poderosos del mundo; por ello, quizá, siempre escribió sobre los vencidos por los hombres y *vencedores de la eternidad*: Rumiñahui, Daquilema, Espejo.

Sobre todo, Espejo, el genial médico mestizo, prioste de la fiesta de la Patria nueva, quien, como tal, encendería en América los fuegos artificiales de la guerra de la Independencia. Si hubo algún médico que heredó su vocación por la Higiene y la Libertad, ese fue Enrique Garcés.

El Ministerio de Salud ha tenido el acierto de poner su nombre al Hospital del Sur de Quito: zona de gente pobre y generosa a la que amó entrañablemente Garcés. Allí estara a sus anchas, en los grandes patios "por y para los niños" enfermos, en los grandes ventanales con la primera urbanización del cielo.

En el Sur de Quito y frente al Monte Rumiñahui, por siempre, su recuerdo.